



Iker Larrauri en caleidoscopio

En estas páginas se transcriben fragmentos de una conversación con Iker Larrauri. Iker, artista plástico, antropólogo, arquitecto, es, por sobre todo, uno de los mejores museógrafos de nuestro tiempo, con una experiencia que se remonta al tiempo anterior a nuestro máximo icono museográfico, el Museo Nacional de Antropología en la ciudad de México, en cuyo diseño participó, además de como museógrafo, como artista. Su obra museográfica ha marcado tendencias en México y el mundo, desde los museos escolares de hace décadas en el país, hasta el Museo Olímpico de Lausanne, en Suiza, en el que participó y obtuvo el Premio al Mejor Museo Europeo del Año en 1995 [www.museum.olympic.org].

La conversación, el 29 de abril del 2008, fue conducida por Teresa Márquez Martínez y Juan Cristián Gutiérrez Maupomé, que trabajan en museos desde hace muchos años y han colaborado con Iker en varios proyectos. *Decisio* agradece su colaboración. También estuvo presente Luz Maceira Ochoa, editora invitada de este número.

El museo y el quehacer museográfico

El fenómeno museos es tan rico que se escriben y se escriben libros, pero ¿para qué sirven los museos?, ¿por qué hacemos museos?, ¿para qué hacemos museos? Para conservar cosas que se pueden perder, para explicar cosas que ya no están en uso... Los tratados de museología son muchos y siempre darán qué hablar, pero se siguen haciendo museos sin que se sepa para qué sirven.

Yo he insistido en que la misión museográfica consiste en formar relaciones significativas entre los objetos. Cada cosa que existe tiene significados que reconocemos por sus características: su forma, tamaño, estilo, el material de que está hecho, etcétera. Sabemos que éste es un vaso y no una botella por su forma. Es de vidrio, como una botella, contiene líquido, como una botella, pero no puedes decir que es una botella porque su forma te dice que es un vaso. Ahora, ese vaso tiene un significado en sí mismo, pero tiene un significado que cambia de acuerdo con la posición que ocupe en el espacio. Si a un vaso con agua le ponemos una flor, ya no es un vaso con agua para beber, aunque sea el agua que bebes y el mismo vaso. Al ponerle la flor le estás agregando una función que modifica su significado. Un objeto, sin perder el significado original, se enriquece, se altera, se modifica, simplemente por su posición o por su relación con otro objeto. Ese significado siempre está afectado por las condiciones en que está y por lo que lo acompaña, por el ambiente o composición alrededor del objeto.

En un museo hay una manera de comunicación museográfica, que no es la escrita, sino que tiene que ver con el agrupamiento de las piezas y la manera en que las muestras. La museografía consiste en formar conjuntos, en decidir en qué secuencia pones las cosas para que tenga un sentido el vaso, o un conjunto de vasos a través del

tiempo, o un conjunto de vasos de distintos fabricantes, o un conjunto de vasos de distintos usos.

La museografía es un juego permanente y constante de ese establecer secuencias y relaciones de objetos para que la gente los aprecie, los vea, pero también comprenda su función y su relación con aquello que al museo le interesa dar a conocer. En cada exposición hay una intención. Si es un museo industrial es distinto de uno de diseño o de un museo histórico, y cada uno toma el vaso y otros objetos y los agrupa de una manera distinta para acentuar esa relación complementaria, ese “discursito” en ese conjunto dentro del gran discurso de la exposición.

La museografía consiste en armar un discurso con objetos. Es como las letras. Los objetos juntos van formando oraciones según los objetos que agrupes unos con otros. Por ejemplo, una vela. Si pones la vela en una mesa donde hay un banquete, tiene un sentido; si la vela la lleva una niña que va a hacer su primera comunión tiene otro sentido, si pones la vela junto a un sarcófago tiene otro sentido, si pones la vela junto al enfermo tiene otro sentido, si la pones en un árbol de Navidad tiene otro sentido... La vela no tiene la culpa, y ésta, que es un objeto tan simple, es de una riqueza tan grande. Varía su tamaño, desde la velita del pastel hasta un cirio pascual gigantesco, pero es vela siempre. También, si pones 15 velitas en un pastel dice una cosa diferente que si pones 70: tiene la misma función, está con los mismos elementos, lo que cambió fue el número de velas y eso hace una diferencia.

Hay piezas que se exhiben por sí solas porque tienen un valor y un significado muy especial y no quieres contaminar ese significado propio de esa pieza con otros objetos y quieres que luzca. Sin embargo, lo estás modificando, ¿por qué? A lo mejor es una jarra que estás poniendo en una vitrina, y estás eliminando cualquier otro elemento que la pueda afectar en su significado original, pero adquirió el significado de que es una pieza de museo... una pieza en una vitrina, iluminada con una luz especial y no sé qué.

Hacer museografía es bien divertido. ¡Tienes además el privilegio de manosear los objetos!: “a ver, tráete el mono no sé qué”, y lo pones, lo mueves, que cómo se ve mejor, que si lo subes... ¡Es muy agradable el quehacer de planear museos! Es, además, un quehacer colectivo. Un museógrafo solo no sirve para nada. Entran los carpinteros, los electricistas, los pintores, los restauradores de piezas, los científicos, los que escriben las cédulas, todo mundo. Entran todos los saberes.

¿Cualquiera puede hacer museografía? Yo creo que sí. Los museos tienen la función de guardar cosas que se consideran valiosas y que corren algún riesgo. Al hacer museografía les das un uso nuevo que no tuvieron o para el cual no fueron hechas: el uso de comunicar, de armar discursos. Los que nos dedicamos a la museografía ya tenemos ciertos requisitos, ciertas mañas, y estamos muy conscientes de la conducta de la gente en el museo, de la conservación de las colecciones, de la manera más eficaz de presentarlas ante la gente, pero yo creo que todos hacen museos en su casa ¿no?

El museo y la educación

El museo tiene que proponer relaciones entre objetos, más que tratar de explicarlas. Los objetos son la propuesta y es el público quien la percibe. La sabiduría que puedes sacar de un museo es... ¡es una satisfacción! Puedes sacar sabiduría o satisfacción de cosas interesantes, y también de cosas terribles. Hay museos donde se exhiben las cá-

maras de tortura, los instrumentos... ¡te horroriza! Es una experiencia que atemoriza, y eso que pasa ahí es algo que sólo allí puedes sentir.

No es lo mismo ver un esqueleto que un diagrama de un esqueleto. En el diagrama aprendes muchas cosas que viendo el esqueleto no aprendes, pero el esqueleto te da otra cosa: emociones, conciencia... como en el chiste del que le sacan rayos X y se asusta pensando que trae un muerto adentro. Eso pasa en el museo. Esa experiencia emocional es una lección, digamos, una lección de sensibilidad. En el museo encontramos cosas que desconocíamos, que son una novedad, aunque se parecen a otras que sí conocemos y con las cuales las podemos asociar y saber qué son. Se sacan conclusiones. En un museo el chiste es que la gente capte esas cosas aunque racionalmente no llegue al fondo de ello. Para eso ayuda la cédula, pero en un museo la gente tampoco va a leer. En los museos no se lee, se ve; sólo cuando aquello que estás viendo te interesa, buscas la explicación o el complemento o la información, pero la exposición no es para leer. Los textos son un complemento del sentido que está en el objeto que estás percibiendo.

La intención del museo no es pedagógica, es educativa. Es decir, presenta una nueva experiencia a través de la cual puedes comprender la relación de un objeto expuesto con los otros. Esa es la lección. El nuevo concepto moderno de museo supera eso, pero a la larga resulta que lo que ves en un museo lo puedes ver en condiciones en las que no lo ves en otro lado. Por ejemplo, todos los días vemos coches de distintas marcas circulando por las calles, en la publicidad, en las películas... Pero a la hora que ese coche lo metes en un museo, lo levantas un poco del piso y le pones luces y todo eso... ¡haz de cuenta que es la primera vez que ves un coche! No está en movimiento, no está funcionando como debería funcionar, estamos mintiendo porque está sostenido y no sobre el piso, está deshabitado, sin conductor, pero para muchos es la primera vez que lo ven en detalle; le ves la manija (aunque todos los días subes al coche y haces funcionar la manija), luego le ves la trompa, y te das cuenta de muchas cosas. O sea, al sacar un objeto de su ámbito, de su función habitual, es como si estuvieras diciendo: "¡fíjate!, ¡míralo!, ¡aquí está!". Eso es lo que se logra en un museo.

Yo francamente no sé explicar ese fenómeno; tal vez tiene que ver con todo lo que es el museo: el coche en esa sala, dentro de ese edificio, con esa entrada, con esa solemnidad, todo contribuye a que se note, a que se le reconozcan toda una serie de cosas y detalles —aunque lo usamos todos los días—. Si te interesa, porque si no te interesa te sigues de frente y nadie te va a decir: "¡oiga, ya se saltó usted el coche, le vamos a cobrar multa!". No, en el museo haces lo que te da la gana en ese sentido. Y cada quien lo interpreta a su modo, no necesitas que te lo expliquen. El museo puede darte ciertos datos, pero la interpretación que hagas es tuya. Nadie te va a hacer un examen. Mucha de la experiencia en el museo se procesa después de la visita. Es como toda buena experiencia, te deja una huella, la recuerdas, la revisas, la comentas, como cuando ves una buena película.

La experiencia personal

¿Por qué hacer museos? En mi caso, porque me gustan. La verdad, si me preguntas qué es lo que más me gusta... bueno, me gusta mucho el cine, pero ya no voy al cine. Me gusta ver ratitos el fútbol en la televisión, pero luego me fastidia, ¡hay tantas cosas que me gustan! Pero lo que más me gusta, lo que más, más, me gusta, es ir a los museos. ¿Y por qué? Porque hay museos a los que voy y vuelvo y vuelvo a ir para volver a ver las

mismas cosas. Llegar al museo de Antropología sin pasar a ver la Coatlicue y La Piedra del Sol... ¿sin verla?... ¡No! La he visto cientos, miles de veces, y la he analizado, y la he revisado, y la he dibujado. Pero ver la piedrota labrada, llena de cosas, y saber que cada una la hicieron con otra piedra... ¡Todo eso se junta...!

Cuando voy a Nueva York visito el Museo Metropolitano, lo visito varias veces. A mí me gustan las armaduras, me parecen unas esculturas de fierro maravillosas. Cada vez que voy me indigesto de armaduras. Me llaman mucho la atención esos hombres de fierro articulados, los veo como esculturas. Y los caballos, llenos de placas, de fierro, con sus cuernos... Y veo eso, y ya. Y al día siguiente vuelvo y veo otra cosa.

¡Y los museos de arte! Vuelves a ver los mismos monos que has visto en estampillas, y en libros... y los vuelves a ver. El Guernica de Picasso, que es tan horroroso, no sé por qué me gusta tanto. Será por la publicidad, no sé, pero ves el cuadro, el caballo, el ojo por acá... ¡tan mal dibujado!, y se emociona uno. Me gustan mucho los museos y por eso me entusiasma hacerlos.

Vamos a hacer un museo

Juan Cristián Gutiérrez Maupomé

A los museos llegamos, ya de adultos, siempre cargados de expectativas. Solemos creer que vamos a aprender algo, que el museo tiene algo que enseñarnos. Visitar un museo está considerado como el acto cultural por excelencia, pues a ojos de todos, el museo es el recinto donde se guardan los vestigios materiales de la cultura. Incluso, hay quien sostiene que los museos son los depositarios de las verdades eternas, recintos que albergan entre sus muros cosas tan importantes como nuestra historia, nuestra identidad, nuestro arte, nuestra ciencia y tecnología.

No es realmente así. Por razones de espacio, hablaré tan sólo de algunos puntos sobre los museos que considero centrales, y sobre todo útiles, para quienes estamos aprendiendo.

Se piensa en los museos como extensión de las aulas. No. Ni los museos, ni los archivos, o bibliotecas, zoológicos, jardines botánicos, zonas arqueológicas o monumentos históricos son extensión de las escuelas. Son acervos y bienes culturales sociales a los que nosotros, la gente, tenemos acceso, o deberíamos tenerlo.

Lo que yo llamo la “tentación pedagógica” suele atacar a quienes creamos museos, a quienes trabajamos en ellos, y a quienes hacemos uso de ellos. Buscamos que el museo contenga y nos ofrezca todo lo que hay que saber. Esto conduce a la pretensión de que el museo sea exhaustivo en sus explicaciones y contenidos, se pretende agotar los temas, como si el museo fuese un libro, o peor aun, una biblioteca, y se olvida que la fuerza de un museo radica en sus colecciones, en las emociones que nos despiertan, al ofrecernos la posibilidad de acercarnos a objetos reales que de otra forma, conoceríamos tan solo por imágenes, palabras o el dicho de algún docto compañero.

Aparecen entonces las enormes cédulas explicativas, las cédulas de identificación de objeto en sus múltiples variantes, desde la clásica “Campana-Bell”, o las legendarias del tipo “Cajete trípode zoomorfo policromo. Preclásico tardío”, hasta los intentos de sintetizar la historia, significado y contenidos de un pieza, en una tarjetita de 10 por 15 cm. Y entonces, tenemos a niños y jóvenes copiando en sus cuadernos las cédulas, sin

ver nunca el objeto de referencia. O adultos como yo, esforzándonos por leer de pie las tres cuartillas de sesudo discurso serigrafiado en una mampara de bonitos colores apas-telados. Las nuevas soluciones tecnológicas no son más que versiones electrónicas de lo mismo. ¿En serio esperamos que la gente consulte de pie los acervos de un interactivo de cómputo, tras pasar dos horas recorriendo una exposición? Y más aún, ¿nosotros, la gente, asistimos a un museo para consultar una computadora? ¿Vamos al museo a ver la televisión? Yo pienso que no.

En muchos casos, la cédula, la pantalla de cómputo o el televisor sustituyen al objeto. Parados frente a uno de los más hermosos dinteles de Yaxchilán, hay quienes dedican su tiempo a leer y copiar un largo texto colocado justo al lado, o a mirar en la pantalla, la imagen de... el mismo dintel. La mediación del objeto sustituye a la apreciación del objeto mismo.

Sin embargo, me tocó vivir una experiencia reveladora y esperanzadora, en la Gran Galería de la Evolución, en París. Desde el café que domina la vista de la parte central de la galería, pude observar como un grupo de jóvenes recorría la exposición: jugaban, se hablaban, se acercaban a los animales, cuchicheaban; algunos, sentados en el piso, dibujaban los animales en sus cuadernos. De pronto alguno se acercaba a un interactivo de cómputo, tocaba la pantalla y regresaba de inmediato junto a las corvas de una jirafa de cuello muy largo. Ni siquiera se había tomado la molestia de esperar al cambio en la pantalla de cómputo. La sala de videos, al fondo, transmitía sus imágenes al vacío. Ni uno solo de los niños ocupaba las butacas. Estaban donde debían estar, entre los anima-les que forman la galería y muestran, aunque sea de manera parcial, la diversidad de la vida en la Tierra, a la que ellos también pertenecen.

Otro ejemplo, esta vez de la ciudad de México, que es donde habito, me ha orientado en varias ocasiones en mi quehacer museográfico. Somos muchos en esta ciudad los que guardamos en nuestra memoria dos imágenes memorables, provenientes del Museo de Historia Natural. Una es el gran oso polar con sus garras al aire en posición de amenaza. La otra, el esqueleto de un enorme dinosaurio. Algunos de nosotros las recordamos incluso de antes, en su vieja casa, el Museo del Chopo. ¿Cuántos de nosotros recordamos su nombre científico? Les aseguro que estaba escrito en la cédula colocada en lugar visi-ble, que todo niño de la ciudad de México se ha visto forzado por sus maestros a copiar al menos una vez en su vida. Pero la emoción de estar de pie, junto a la enorme bestia de pelo blanco, tiembla aún en nuestros corazones. No dudo que más de uno haya decidido en ese momento convertirse en zoólogo. Incluso es posible que lo haya logrado.

Pero el museo es algo más que un recinto en el que podemos contemplar las cosas, incluso si esto, en sí mismo, fuera suficiente.

El museo, con sus colecciones, con sus materiales de apoyo y con la información que puede, razonablemente, aportar, puede despertar la curiosidad, el interés, las vocaciones. Todo depende de lo que podamos hacer con nuestra visita al museo, y lo que el museo puede hacer para complementar su labor fundamental.

Sobre nuestra visita, es mucho lo que puede decirse, pero centrémonos en dos cosas, nuestra reflexión sobre lo percibido, y lo que podemos trabajar a partir de ello.

Pensemos en que el museo puede hacer que nos veamos a nosotros mismos con otros ojos, puede ponernos en perspectiva. En este sentido, el museo es un espejo, y como todo espejo, se refleja no sólo nuestra imagen, sino también la del entorno. Qué tan amplia sea la imagen reflejada depende de la temática del museo, de la calidad del diseño museográfico, y de nuestra capacidad de percibir y pensar en lo que vemos.

El museo nos permite reflexionar y seguir muchos caminos. Por ejemplo, en los temas que aborda, en las piezas que guarda, en los hombres y mujeres que las hicieron, y en quienes las recolectaron. El museo nos permite trabajar los temas que toca, nos da pautas y materiales para investigar de diversos modos. Podemos dialogar entre nosotros sobre aquello que nos es nuevo, y sobre aquello que nos es propio.

El museo nos aporta también lo que podamos hacer más tarde, en nuestros grupos de trabajo. Debemos aprovechar nuestra visita más allá de nuestra permanencia al interior de las salas. Pensemos y diseñemos actividades que enriquezcan la experiencia, que afiancen los conocimientos que el museo evoca y convoca. Lo que no podemos, lo que no debemos, es creer que lo que el museo nos otorga, termina y muere en el momento en que cruzamos la puerta de salida. Lo que un museo nos deja ha de acompañarnos toda la vida.

¿Qué puede hacer un museo por sus visitantes? Hay un ejemplo que retrata al menos en parte lo que la creatividad puede ofrecernos en el mundo de los museos. En Roskilde, Dinamarca, hay un museo vikingo. A partir de unos pocos restos de barcos encontrados en el fiordo de la localidad, se construyó un área de exposiciones permanentes, un taller donde el visitante puede realizar diversas actividades, desde la lectura de ensayos sobre el tema hasta disfrazarse de vikingo y jugar a vivir en tiempos pasados. La información en la sala es poca, aunque suficiente. Pero la verdadera riqueza de este museo extraordinario está fuera del edificio. Con gran inteligencia y creatividad, el museo y su personal, a lo largo de los años, han ido construyendo un puerto que alberga una serie de reproducciones de barcos construidas por los propios visitantes. Cada año, decenas de personas de todas las edades se incorporan a los cursos de verano, donde, guiados por especialistas, construyen durante seis semanas la réplica de algún barco vikingo, o tan solo antiguo, usando las herramientas del período correspondiente, viviendo en las condiciones de la época, comiendo lo que entonces se comía. Al término del campamento, los visitantes navegan por el fiordo en el barco recreado, y lo incorporan después a la colección desplegada en los muelles junto a la sala de exposiciones. La experiencia educativa que esto implica es amplia y profunda en todos sentidos: conocimientos, experiencias, trabajo, emociones, relaciones personales, técnicas y tecnologías, saberes antiguos y contemporáneos, en fin, la historia vivida más allá de la glorificación del pasado propio.

En nuestras localidades y regiones podemos llevar a cabo experiencias similares, quizá no con los mismos alcances en términos materiales, pues no todas las regiones cuentan con los mismos recursos, pero sí en términos de experiencia humana.

En otras palabras, lo que los visitantes y el personal del museo podamos construir en torno a la visita al museo, determinará los alcances del aprendizaje en el mismo, enriqueciendo el universo emocional que la visita misma nos ofrece.

Como grupo, elijamos un tema, un objeto, algo que, en colectivo, nos haya atraído. Construyamos una maqueta, un modelo, una réplica, pintemos un cuadro, escribamos un texto, investiguemos, siguiendo con rigor científico y artístico el universo cultural al que pertenece el objeto o tema elegido. Esto involucra una gran diversidad de destrezas y conocimientos: leer, investigar, discutir, planear, ejecutar, entre muchas otras. Habremos transformado la visita al museo en una herramienta más en el proceso educativo, una herramienta muy poderosa, tan poderosa como queramos hacerla.

Pero estas destrezas que menciono, esta forma de hacer crecer nuestra visita al museo abre nuevas puertas, en especial para grupos en procesos de educación: tenemos ya

sentadas las bases para la posibilidad de crear una exposición, incluso un museo. La tarea parece titánica, pero si lo pensamos bien, es realizable.

Como grupo de adultos inmersos en un proceso de educación, somos también personas con experiencias de vida, oficios, profesiones, intereses, tradiciones, en fin, somos personas, pues. Sentémonos a platicar qué tipo de museo o exposición quisiéramos tener, crear, construir. Discutamos los temas en colectivo, y decidamos juntos qué queremos mostrar. Entonces, investiguemos el tema, y escribamos tan en detalle como podamos nuestras decisiones, ideas, definiciones e investigación. Mientras más detallada y clara sea nuestra descripción, más fácil será crear nuestra exposición. El texto será muy parecido a lo que los profesionales llamamos guión científico, o temático. Pero recordemos, no tratemos de abarcarlo todo, de decirlo todo.

Nuestra segunda etapa será pensar, y escribir, cómo vamos a mostrar lo que hemos aprendido del tema, con qué objetos, con qué imágenes, con qué textos. Pero cuidado, recordemos que la gente no viene a nuestra exposición a leer un libro. Hay cosas que nuestra exposición no podrá decir, aunque las sepamos. Tratemos siempre de privilegiar los objetos que tenemos. Si anotamos todo esto en forma de una tabla, agrupando por temas y por tipo de exhibidores (objetos, imágenes, textos, etcétera) tendremos algo similar a un guión museográfico. Es nuestra guía, que va a ayudarnos a llegar a las decisiones que habrá que tomar.

Pongamos por caso que hemos elegido el maíz como tema, y su cultivo e historia. Elegimos exhibir diversas mazorcas, granos de maíz, olotes; elegimos también mostrar cómo se cultiva, sabemos entonces que mostraremos la coa, el palo sembrador, el bolso para los granos, quizá tengamos un arado disponible, como el que desde hace años guarda en su casa doña Luisa; pero estos objetos no son suficientes, pues nos importa mucho cómo se hacía —y se hace— la milpa, entonces pensamos en una maqueta con sus surcos, su maizal, sus frijoles y sus jitomates, su calabacita y su chile, su epazote... y sus campesinos trabajando, y algunas mujeres echando tortillas en el comal. Podemos investigar en libros las representaciones del maíz y sus dioses en nuestra región y en otras partes del mundo. Podemos averiguar cómo el antiguo teocintle cruzó los mares y ha llegado a cultivarse por todo el mundo, transformándose siempre según la tierra y las personas que la habitan y lo acompañan, lo cuidan, lo crecen. Vamos a necesitar mapas, ¿verdad? En fin, aquí detengo el ejemplo, pues el maíz es tema grande.

Hemos hecho nuestro guión y conocemos el espacio donde vamos a montar nuestra exposición. ¿Por dónde vamos a entrar? ¿Hacia qué lado avanzamos? ¿Cuál tema es el primero, cual el segundo? El orden es terriblemente importante en una exposición. Hemos definido nuestras circulaciones y podemos dibujar un plano, con sus temas y con sus exhibidores. Ojo, tiene que estar todo, aunque no en detalle.

Ahora tenemos que definir cómo vamos a mostrar cada cosa, y en qué tamaño. Por ejemplo, nuestra maqueta de la milpa debe poder verse desde todos lados, y debe estar a una altura conveniente para los niños, y para los adultos, ¡ni unos de puntitas, ni los otros encorvados! El mapa del mundo con las rutas de expansión del maíz debe ser de un tamaño que facilite su comprensión, pero no tanto que le quite atención a las otras cosas que nos interesan. Así con cada objeto, cada imagen, cada cosa debe tener su ubicación, su dimensión y su posición entre las otras. Cuidado con la luz. Sin ella no vemos nada. Tiene que ser adecuada y suficiente, pero no excesiva. Podemos entonces detallar nuestro plano de exhibición, y diseñar las bases, los soportes y los muebles que necesitamos para nuestra exposición.

Manos a la obra, entre nosotros habrá quienes saben trabajar la madera, quienes saben dibujar, o escriben muy bonito, quizá quien algo le sabe a la serigrafía, a la electricidad, a la albañilería. Es decir, los oficios que se requieren para hacer una exposición o un museo. Aquello que no sabemos, podemos preguntarlo, en nuestra localidad o en sus cercanías, habrá quien lo sepa, quien nos ayude. Como decía un *maracame* huichol, cada uno de nosotros sabe muy poco, pero entre todos, lo sabemos todo.

Crear la exposición nos habrá enseñado mucho sobre aquello que para nosotros es tan nuestro y tan importante, como el maíz, pues hemos tenido que hablar entre nosotros, leer, investigar, buscar y juntar imágenes, representaciones, objetos que muestren lo que estamos aprendiendo y lo que hemos decidido mostrar. Nos habrá enseñado a producir textos, imágenes, maquetas, y la exposición misma, con sus oficios y demandas. La exposición nos habrá enseñado también a compartir nuestros saberes, y a expresarlos, a organizar, jerarquizar y darle direccionalidad a la información que tenemos, y a pensar en cómo compartirla mejor.

El día de la inauguración, la gente se acercará a mirar nuestro trabajo. ¿Termina ahí la experiencia? No. ¡Ahora nosotros somos los responsables de la exposición, y somos quienes debemos pensar en ofrecerle a nuestros visitantes actividades y acciones que enriquezcan su visita, como ha hecho la gente de Roskilde en Dinamarca!

Tendremos en nuestras manos una herramienta poderosa, tan poderosa como queramos hacerla, en los procesos de aprendizaje de nuestra localidad, nuestra región, nuestra gente. Habremos construido un espejo, nuestro espejo, en el que se reflejará nuestra imagen y la de nuestro entorno. Crear la exposición o el pequeño museo, del tema que hayamos elegido, habrá sido, quizá, una de las más profundas experiencias de aprendizaje y enseñanza de nuestras vidas.

¿Necesitamos pedirle más a una exposición o a un museo? Yo pienso que no.

